

Una generación poética

La primera postguerra

Escribete: **EDUARDO CARRANZA**

La generación española de 1920 deja —ya puede establecerse hoy con histórica nitidez— siete poetas esenciales: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Luis Cernuda. Arbol de ancha y bella copa, el de la poesía española, con ellos se viste de un nuevo verdear dorado, de un renovado resplandor juvenil.

Digamos algunas generalidades que nos permitan situar histórica y estéticamente a la gran generación española de 1920 que se ha llamado también “generación de la Revista de Occidente”, de “La dictadura”, y “Nietos del 98”, aunque ninguna de estas nominaciones haya sido plenamente aceptada. Ante todo, señalar su ímpetu renovador, su riqueza, su amplitud, su vitalidad y su generosa convivencia con las dos generaciones inmediatamente anteriores: la casticista y dramática generación del 98, y la brillante y europeizante generación novecentista. De tan venturoso acuerdo surgirá el período más dichoso, alto y creador que la historia de la poesía de nuestra lengua haya conocido desde el rotundo mil seiscientos.

Con su autoridad y su prosa magistrales, Dámaso Alonso ha subrayado lo que vengo diciendo con las palabras que en seguida se transcriben: “Observemos ahora que en ese período de 1920 a 1936 confluyen dos poderosas generaciones poéticas en actividad: una, la de los maestros: Unamuno, los Machado, Juan Ramón; otra, esta de que venimos hablando. Hay que ir al Siglo de Oro y pasar por alto allí mucha rutina, mucho culto a la forma externa; sí, hay que ir al Siglo de Oro, y precisamente allá por los años 1580 y tantos, cuando Fray Luis y San Juan de la Cruz viven aún y Góngora y Lope son jóvenes; sí, hay que ir a esos años del Siglo de Oro, para encontrar algo semejante a la confluencia de generaciones poéticas en la que hemos vivido. Piénsese aun que, junto a ellas, en esos mismos años de 1920 a 1936, existe una completa generación de prosistas, también riquísima, también netamente contrastada, también creadora —renovadora— de la prosa: Azorín, Valle-Inclán, Baroja, Unamuno otra vez, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Miró, Gómez de la Serna. Podemos estar contentos: hemos tenido la fortuna de vivir en un período áureo de la literatura de España”.

Surge a la vida poética en los años ilusionados de la primera postguerra. Gonzalo Torrente en su espléndido *Panorama de la literatura española contemporánea*, nos ha enumerado los rasgos de ese período: “La vida continental cobró un ímpetu realmente prodigioso en los primeros años que siguieron a la paz de Versalles. Literalmente son los años de las “literaturas de vanguardia”. Por todas partes cunde el deseo de renovación, de creación, paralelamente al propósito de establecer la vida sobre las bases más auténticas y razonables que en años anteriores. La cosecha de teorías, credos, doctrinas, es realmente espléndida, y aun los antiguos sistemas se renuevan adaptándose a la nueva tónica vital. La existencia europea cobra un signo de juventud. El hombre se encara con la máquina y la acepta como instrumento positivo. “Lo deportivo” se convierte en categoría moral y en norma de conducta. La experiencia comunista rusa populariza, de una parte, la poesía y la música eslavas, y de otra, lleva a la consideración del socialismo como elemento con el que hay que contar. Se mezclan doctrinas exacerbadamente individualistas con otras de matiz colectivista. En el arte comienzan a buscarse fórmulas antiburguesas, con la pretensión de que las esencias de la cultura penetren las capas más bajas y populares de la sociedad, y al mismo tiempo, tiende a la experiencia: se ensaya todo, sin que la extravagancia o el absurdo detengan al experimentador. Un nuevo arte, de extraordinaria popularidad y sugestivos medios de expresión —el cine— se convierte en diversión universal; y en los laboratorios cinematográficos se aplican las doctrinas estéticas en boga. Por todas partes se busca un nuevo modo de vivir, y por ende, un nuevo modo de escribir”.

CRISIS UNIVERSAL Y DESINTEGRACION DEL MODERNISMO

En lo que al acontecer literario se refiere, asistimos en esa década (1920-1930) a la desintegración del modernismo. Se buscan entonces formas y fórmulas de relevo. Es el momento de los *ismos* (cubismo, ultraísmo, creacionismo...), de la “prisa trágica de los *ismos* sucediéndose rápidos como reyes godos”. Brilla en el caudal fugaz de los *ismos* una grande y juvenil ambición poética y es indudable su acción fertilizante y suscitadora sobre la poesía posterior. “Hacia la mitad de la década la poesía española cobra voz propia y robusta entidad. La poesía lírica es producto más delicado y perdurable de la generación”.

Hacia 1930 ocurre una crisis universal. Han fracasado las ilusiones políticas, estéticas y sociales de 1920. Y adviene una nueva época de anhelo y ansiedad. La generación de 1920 abandona su primitiva tendencia a la pureza poética, a la asepsia sentimental: ahora busca y realiza con poderosa originalidad una poesía fundada en el anhelo de expresar el hombre total, entero y unido: una poesía fundada no solamente sobre la lucubración cerebral o sobre el enardecido cimiento de los sentidos sino sobre la integridad viviente del hombre: naturaleza y sobrenaturaleza, historia y libertad, la sangre y los sueños, el pan y el infinito... Dámaso Alonso nos ha narrado esa patética transfiguración: “Fue necesario que pasaran años, que sedimentaran las aguas, para que se viera que la nueva generación que había surgido no era sino otra oleada de ese eterno anhelo,

siempre renovado, hacia el amor y hacia la vida, hermana y sucesora de tantas otras oleadas en el fluír de los siglos. Sí; de ese oleaje o de esa llama constante, acariciada o fustigada por el viento, que brota de la sustancia viva del mundo, el monstruoso entrecruzamiento de afanes, deseos, delicias y terrores de la humanidad. Poesía eterna, alta llama del mundo, que se nutre del mundo siempre, siempre pura escaladora de Dios”.

Otro carácter importante de la generación: su signo universitario, su equilibrada actitud entre tradición y renovación y la sensibilidad, el rigor, la hondura y la finura con que ha revalorado a los grandes poetas del Siglo de Oro, renacentistas y barrocos. Y la nueva luz reveladora que ha proyectado sobre los clásicos primitivos. Y la búsqueda y el logro de una nueva alianza entre lo popular y lo culto. Cabe señalar también sus reiterados aciertos en el ensayismo literario y la ausencia de grandes narradores. Revistas generacionales: la hondamente renovadora “Revista del occidente”, de Ortega; la generosa, polémica y brillante “Gaceta literaria”, de Giménez Caballero; y “Cruz y raya” de Bergamín, ya política, como “un sentido católico de orientación mariteniana”.

Horadante hacia las raíces del hombre de nuestro tiempo y anhelante hacia la altura, la palabra poética de esta generación de 1920 toca, como una insigne llamarada, las estrellas de Garcilaso y de Cervantes.

OTRO PERIODO AUREO

He aquí, en rápido dibujo, el signo esencial y diferencial de siete poetas capitales en este período áureo (1926-1966) de la lírica peninsular de nuestra lengua. Federico García Lorca, otro andaluz universal como Juan Ramón Jiménez, es la continuidad de lo eterno andaluz injertado en el tronco de Castilla. Por el jardín apasionado de su poesía se esfuman cálidas sombras amorosas y discurren los fantasmas seculares del dramatismo ibérico. En el momento de su trágica muerte estaba considerado como uno de los grandes poetas jóvenes de Europa (y ahora sabemos que era el más grande). En su obra primigenia, las *Canciones* —infantilismo, tono menor, baladas, gitanismo refinado, elegancia y alhambrismo, musicalidad exquisita— se unen un esfumado influjo de Juan Ramón y un sabio aprovechamiento de lo folclórico. Crea luego el mundo trágico y dinámico del *Romancero gitano* en donde el gitano queda, para siempre, elevado a criatura de arte y a tipo poético de Iberia. Imprime allí nuevos matices y dejos esfumantes llenos de ensueño meridional a la lengua varonil del romancero y de las agonías de Unamuno. Y, por último, llega a esa cima de trágica hermosura desesperada, de fatal y límpida belleza antigua, que son su teatro, sus perfectas odas y el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*.

Jorge Guillén crea un mundo terso, liso, esencial. Su poesía se produce naturalmente en rigurosas formas geométricas que tienen algo del cristal de roca, que tienen la brevedad, la pureza y la luz del diamante. En su poesía de carácter mental y ceñida a la estética heroica de Góngora, de Mallarmé, de Paul Valery hay, sin embargo, a pesar de la aparente frigidez, una vena de arrebatada pasión humana que late en ella, subyacente.

Pedro Salinas ha sido el gran estilista lírico del amor en nuestros días. Continúa, en cierto sentido, la tradición de Bécquer y Juan Ramón Jiménez. La materia poética de Salinas es el matiz, la fina resonancia, lo casi inasible, el gesto huidizo, la sonrisa, la difusa intención. Ecos de sensación, sutileza cordiales, recuerdos y presentimientos, sombras y ausencias cruzan por sus versos. Ha llevado a su poesía el procedimiento de atomización de las emociones que practicara Marcel Proust en la novela.

Si Pedro Salinas es un castellano que mira hacia Andalucía, hacia el cálido y perfumado huerto del sur, Gerardo Diego es un santanderino, un cántabro que mira hacia la Castilla del Sur, amarilla, sobria y normativa. Su biografía tiene, pues, al fondo, un verde rumor de olas cantábricas, una ocre línea castellana y un esfumado diseño de sierra pirenaica. En Gerardo Diego el tránsito del modernismo a las nuevas formas de la poesía y de la sensibilidad, el salto de la tónica rubendariana al campo virginal del nuevo lirismo, se efectúa con un estilo ardientemente pugnaz y revolucionario. Hay en él una apasionante dualidad literaria, pues que vacila entre la clásica ordenación y la aventura de los extremismos revolucionarios. Y así, alterna la escritura de versos juguetones y cabrilleantes, deliberadamente elaborados según las previsiones creacionistas, con la producción de poemas ceñidos a la más estricta y rigurosa retórica tradicional. El cantor del ciprés de Silos y de los ángeles compostelanos es un ejemplo de fidelidad y felicidad poéticas.

El fino, cálido y gris Luis Cernuda sale de su cristalino guillenismo juvenil para descubrir, en lucha con sus oscuros dioses, su propio mundo poético, nebuloso y llameante, habitado por el deseo, la lluvia, las violetas y la sensualidad. Vicente Aleixandre, romántico, tumultuoso, densamente musical, extraviado en su amoroso infierno por la época de *Espadas como labios*, nos entrega luego en *Sombra del paraíso* e *Historia del corazón*, poemas que sin perder el sabor terrenal de las raíces y la savia furiosa del árbol, tienen la nobleza y la serenidad de la columna.

En Dámaso Alonso se alían extraordinaria y felizmente, una vez más, y en fecundas nupcias, el humanismo y la poesía. Es un erudito insigne y un gran poeta al mismo tiempo. En él se reitera la venturosa alianza del docto y el lírico que tuvo antes un dorado ejemplo en Fray Luis de León. Fino, sintético, prosista denso y emocionante, riguroso, Dámaso Alonso es un humanista en el sentido más auténtico y profundo. Y ha ejercido un vasto influjo magistral no solamente sobre su generación sino sobre el proceso evolutivo de la poesía castellana en los últimos 20 años: por su aguda intuición de los clásicos primitivos, su examen y divulgación de valores como Gil Vicente, su lúcida comprensión de la época dorada, sus originales planteamientos en torno a la lírica española, sus renovaciones en la interpretación de los clásicos, a quienes ha agregado frescor y vigor, mirándolos con los ojos de la sensibilidad moderna, su penetrante análisis de Bécquer y el romanticismo, sus poderosas indagaciones en el mundo sobrerreal de San Juan de la Cruz, sus ensayos sobre la poesía preclásica y el cancionero lírico popular, su revaluación de Góngora, sus valoraciones de clásicos modernos... Todo ello dicho y escrito en una de las más bellas, densas y musicales prosas que hoy se escriben en español. Todo ello impregnado de gracia, recorrido de tensión intelectual, húmedo

de lirismo. Porque en Dámaso Alonso la crítica y la erudición se alzan en alas de la poesía a una zona de radiante hermosura. Esto explica, cabalmente, el influjo poderoso de su obra crítica sobre la creación poética de los últimos años y la eficacia fertilizante y suscitadora de sus trabajos de historia literaria.

Y Rafael Alberti o la juventud de *Marinero en tierra*. El puro relámpago perpetuamente joven. El garbo solar del Mediterráneo, el popularismo culto de acento lírico. El manadero feliz de ilusión, de vida y esperanza. Luego el Alberti inmerso en el trasmundo misterioso, en la nebulosa onírica de *Sobre los ángeles*. Y después, por la herida abierta de la nostalgia, en hermoso y triste e irrestable chorro, la palabra poética del exiliado. Rafael Alberti: ahora y siempre, la suma elegancia, la inmarchitable y caudal facilidad, el virtuosismo en lo que significa de dichoso y natural dominio del verbo, el deslumbrante oficio, la cegadora lucidez, la palabra transparente y honda de hondura mágica y verde-azul.

Son los siete poetas capitales en la copia luminosa, ancha y caudal de la lírica peninsular en este patético y áureo medio siglo por donde corre la derramada vena creadora de la gran generación de 1920.